

PRESENTACIÓN DEL LIBRO
VOLVER AL MUNDO
DE JOSÉ ÁNGEL GONZÁLEZ SÁINZ

Por *MANUEL BARRIOS CASARES*

Cuando la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, gracias a la gentil intercesión de su director, Rogelio Reyes Cano, tuvo a bien invitarme a participar en este acto de presentación de *Volver al mundo* (Barcelona, Anagrama, 2003), la nueva novela de José Angel González Sainz (Soria, 1956), me sentí contento de poder dedicar públicamente palabras de elogio y reconocimiento a la trayectoria de un autor que conozco y aprecio desde hace tiempo. Cuando supe luego que me tocaba en suerte acompañar a personas de sobrado prestigio por su dedicación al mundo de la literatura tanto en el campo de la creación como en el de la crítica, cual es el caso del profesor José María Vaz de Soto, siendo yo un mero diletante de la lectura, como soy, me sentí además honrado y doblemente agradecido. Pero debo decir, con total sinceridad, que una vez leída la novela de González Sainz, una vez pensada y releída, me siento no sólo más contento de poder hablar hoy, aquí, de ella, no sólo más honrado, sino también un poco abrumado por la responsabilidad de intentar dar cuenta mínimamente ajustada de la relevancia, de la calidad narrativa de la que considero una obra muy notable, tanto o mejor concebida y resuelta que aquella otra novela suya que mereció el Premio Herralde en el año 1995.

Puesto en esta tesitura, podría parecer entonces que uno recurre de forma algo caprichosa a lo más conocido –en mi caso,

la filosofía— para moverse con un mínimo de confianza por terrenos tan complejos como los del análisis de una creación literaria. Créame que no es así en absoluto. Son otros los motivos que me impulsan a ello, motivos que pueden hallar su justificación última en el modo en que esta obra ha sabido recobrar el sentido de una de nuestras más valiosas herencias culturales.

En efecto: en una época que comenzaba a mostrar signos evidentes de crisis y decaimiento de los patrones culturales de la modernidad, los novelistas españoles de la generación del 98 supieron contraponer a la consideración de la literatura como mero entretenimiento burgués su concepción del oficio de escribir como un elemento clave en la nueva tarea de búsqueda del sentido de la vida. Participando de un mismo empeño con la mejor tradición novelística europea de principios del siglo XX, hicieron de la narración testigo crítico del propio tiempo y vehículo de indagación existencial. Hoy día, en que vuelve a estar demasiado extendido un concepto banal de la literatura, conforta hallar obras como la de José Ángel González Sainz, que se atreven a recoger el testigo de toda aquella tradición. Mediante una sólida construcción narrativa, su segunda novela nos devuelve así la oportunidad de hallar en la creación literaria un espacio singular donde experimentar el mundo como pregunta, sumando al placer de la lectura el acicate de la reflexión. No resulta ocioso, por tanto, iniciar un acercamiento a algunos de los mejores logros de esta novela desde parámetros filosóficos, toda vez que su esmerada arquitectura parece responder a un preciso ensayo de interpretación del mundo, en el que González Sainz, de manera coherente con el conjunto de su trayectoria intelectual, ha sabido combinar literatura y filosofía, ética y poesía, para ofrecer un esclarecedor diagnóstico de nuestro momento histórico.

De dicha trayectoria forman parte obras como *Un mundo exasperado*, su primera novela, que mereció el Premio Herralde en 1995, o el libro de relatos publicado en 1989, *Los encuentros*, título que viene a resaltar la paradoja de unos personajes extraviados en una existencia carente de orientación y de señas de identidad. Pero también forma parte de esa trayectoria la encomiable labor de González Sainz al frente de una de las revistas españolas de pensamiento más sobresalientes de las últimas

décadas, la revista *Archipiélago*, que él dirigió desde su creación, en 1988, hasta el pasado año. La manera en que esta revista ha sabido ejercer tareas de crítica de la cultura, de abordar con rigor y profundidad temas cruciales de la filosofía contemporánea, es otro testimonio más del rico bagaje intelectual de González Sainz, quien ha llegado así a incorporar como estímulo decisivo de su quehacer literario una perspectiva común a buena parte del pensamiento actual, heredada de filósofos como Nietzsche, Heidegger o los frankfurtianos. En un reciente diálogo-entrevista a dos bandas hecha por *Il Corriere della Sera* a él y a Claudio Magris —el ensayista y novelista italiano de quien González Sainz ha traducido textos como *Microcosmos* o *Utopía y desencanto*— nuestro autor declaraba expresamente la asunción de dicha perspectiva en los siguientes términos:

“El nihilismo, el mundo sin valores ni significados objetivos es hoy la premisa, el inevitable punto de partida de la escritura. Y afrontar esto sin nostalgia supone “asumir con mayor coraje la falta de fundamento y finalidad, el carácter irreductiblemente enigmático de nuestra vida, su insuprimible insuficiencia, como decía Antonio Machado. Esto es, asumir el *dictum* de Nietzsche según el cual el mundo verdadero ha acabado convirtiéndose en fábula. Ahora bien, para la escritura narrativa, todo esto es grandioso y, al mismo tiempo, de una tremenda responsabilidad: el arte, como ha dicho Nietzsche, la fábula, el juego infinito de las posibilidades, es la única metafísica que le queda al hombre. Narrar sin nostalgia el mundo nihilista significa afrontar el abismo de la falta de fundamento —en el que toda certeza tranquilizadora queda disuelta— y, a la vez, entraña la inquietante y estimulante tarea de producir, narrando, esas interpretaciones del mundo y esos significados que sólo la fábula, el cuento, pueden dar”.

Tal y como se desprende de estas palabras, la tarea del escritor no se asume aquí de la forma frívola y descomprometida, sólo atenta a las modas del mercado, que hoy adopta en tanta literatura de salón posmoderno. Escuchando a González Sainz, atendiendo a los frutos de su oficio literario, uno puede percibir la afinidad con las graves palabras formuladas por Martin Heidegger en su *Carta sobre el humanismo*: “En la actual pre-

cariedad del mundo, es necesaria menos filosofía, pero una atención mucho mayor al pensar; es necesaria menos literatura, pero mucho mayor cuidado de la letra”.

Si, en efecto, la tarea primera de un pensador no es la de dictar doctrinas ni suministrar sesudos rótulos para nuestros prejuicios, sino la de afrontar la cuestión radical de qué significa pensar, por su parte, la tarea esencial del escritor es la que con esta novela afronta en puridad González Sainz, la que surge en demanda de la pregunta: “¿Qué significa escribir?”

Y ¿qué significa escribir? Acaso, abrir el mundo cotidiano a la novedad y la extrañeza, rasgar la tela de la representación convencional del mundo y asomarse a través de ella al fondo misterioso de las cosas, para volver a sondear su profundidad y rescatar algún destello de luz, trayéndolo de vuelta al gris tranquilo y común de nuestros días. Volver al mundo es, así pues, tanto como volver a narrarlo, volver a experimentarlo y a decirlo de otro modo, desaprender su curso acostumbrado e iniciarse de nuevo en la escuela de las palabras dichas como por primera vez.

Lo cual implica que el reto asumido por esta novela es nada menos que el de cumplir, en un doble plano, la ambiciosa propuesta que reza en el título: contar cómo se vuelve al mundo después de haberse ido de él y, al mismo tiempo, realizar esa vuelta al mundo al contarla, hacerla real al narrar; hacer que el propio lector pase por esa experiencia de intento de imposible recuperación de una existencia perdida: una experiencia, que no es, sin más, la de unos personajes anónimos reclusos en un escenario imaginado de tiempo difuso, sino la experiencia del hombre contemporáneo en la época del nihilismo consumado.

Esto es lo que dota a la novela de su peso específico, liberándola de los estrechos márgenes de la narrativa costumbrista y proyectando su trama en un horizonte histórico-cultural más amplio que el definido únicamente por su carácter de novela generacional, de historia que cuenta el destino de un grupo de amigos, unos jóvenes de los años setenta, que en la España franquista salieron del pueblo y del paraíso natural de la infancia para construir su propio paraíso de libertad a través de la militancia en organizaciones de izquierda radical; pero que con

el tiempo vieron defraudadas sus expectativas y traicionados sus sueños por el chantaje totalitario de las ideologías, la soberbia cínica e iluminada de los redentores del mundo o el puro enquistamiento irracional en una estética de la violencia.

De todo ello trata la novela, superponiendo, como hilo conductor del relato, las pesquisas de una mujer que viaja desde el extranjero al Valle, donde acaba de morir Miguel, el hombre que amaba, para averiguar los motivos de su misteriosa muerte, así como las razones de su esquiva historia de amor. La indagación en torno a la crisis de la pasión amorosa se trenza así con la indagación sobre esa otra crisis, la de la pasión política, componiendo una especie de *thriller*, si bien habría que decir que se trata por momentos de un *thriller* congelado, estático, que dilata el curso de la investigación y se demora hasta casi la extenuación en la descripción de acontecimientos supuestamente secundarios y de detalles aparentemente nimios —esos movimientos que acompañan la vida del Valle como toques de un reloj arbitrario y caprichoso— pero que lo hace de manera deliberada, para conferir a la novela su genuina atmósfera y su verdadera dimensión: no las de un relato más o menos detectivesco sobre la muerte —¿asesinato, suicidio, accidente?— del protagonista; no las de una novela psicológica sobre las cuitas del amor en tiempos reacios al compromiso sentimental; no las de un relato realista sobre una serie de personajes refugiados del naufragio de sus ideales de juventud en un territorio apartado de la Historia; sino las de una exploración sobre la condición humana en la era del desencanto de mundo.

González Sainz remite así el tejido último de su texto a un estrato más radical de la experiencia contemporánea que el caracterizado por desengaños amorosos personales o desengaños políticos generacionales. Lo remite a esa experiencia histórica de vaciado de mundo, de pérdida de asideros firmes, de relatividad de valores y verdades, que viene siendo consignada por la cultura occidental, al menos desde finales del siglo XIX, bajo rótulos tales como los de nihilismo, muerte de Dios, desencantamiento del mundo, caída de los grandes relatos, etc., etc. Pero, además, González Sainz rechaza el gesto acomodaticio con que la mentalidad posmoderna parece haberse instalado en esa despedida total

del sentido y, con la mejor prosa que sabe destilar su obra, dotando de una potente carga simbólica a su evocación de los parajes del Valle, trasunto de los de su Soria natal, se pone a relatar-nos la odisea rota de Miguel, su decidido empeño en intentar el imposible retorno a Ítaca como único modo de no rendirse al abandono nihilista. Lo que surge de ahí no es meramente otro testimonio más del puro desarraigo. Es la rotunda enseñanza de que también cabe habitar en la falta de hogar y fundamento, de que también es posible narrar el abismo, seguir relatando tras la caída de los grandes relatos, ingeniando sentidos precarios, humildes, en medio de un caosmos multiversal.

Por ello, aunque en la escritura de González Sainz puede uno advertir concomitancias con la morosidad de algunos textos de Juan Benet, con la fina disección de la España tardofranquista de algunas novelas de Félix de Azúa, o incluso con la certeza del desengaño de algunos libros de Michel Houellebeck, hay en las páginas de esta novela algo más, algo cuya clave la ofrece, en mi personal lectura de la misma, la cita implícita de un verso de Hölderlin que se pone en boca del adversario último de Miguel, de ese mal maestro llamado Ruíz de Pablo, alma bella despótica, llena de narcisismo y soberbia, que trata de imponer a toda costa su utopía. Este personaje encarna al fanático iluminado, que quiere dictar a los demás el gran relato de lo que debe ser la existencia. Es la perversión totalitaria de lo que una vez sonó como clamor de libertad. Así que la asociación de este personaje a la figura de Hölderlin resulta en el texto tan llamativa como ambigua.

Pues Hölderlin, en efecto, como poeta del idealismo alemán, también trató de cantar el absoluto y realizarlo en la tierra. Su novela *Hyperion*, considerada, junto al *Wilhelm Meister* de Goethe, una de las mejores representantes del género moderno del *Bildungsroman*, de la novela pedagógica o formativa, reúne en una única trama la desdichada historia de amor de Hiperión, la historia de sus afanes políticos, vinculados al ideario de la Revolución Francesa, y la historia de su sueño de vuelta al ideal cultural y vital del mundo clásico griego. Ese Absoluto, que es Amor, Libertad y Reconciliación con la Naturaleza, es lo buscado por Hiperión. Pero toda su amarga peripecia es la de un estricto aprendizaje de la decepción, así como del coste trá-

gico que entraña el insensato afán de traer el Absoluto a la tierra de un pistoletazo. Y es con el presentimiento de dicha conciencia trágica con la que escribe los versos a los que alude Ruíz de Pablo: “los poetas son ánforas sagradas en las que se derrama el vino de la vida, el espíritu de los héroes”.

Sólo que Ruíz de Pablo, el iluminado que quiere contrarrestar la soberbia de una tradición opresiva con otra soberbia aún mayor, entiende esos versos como un llamado a romper el mundo existente, a liquidarlo por entero y rehacerlo al antojo de su heroico yo; mientras que la obra de Hölderlin va a ir subrayando cada vez más la finitud y tragedia de ese destino poético: quebrarse, romperse uno mismo al tratar de acoger en sí lo sagrado. En contraste con Hegel, pensador de la totalidad que se reconcilia consigo misma que y se sabe a sí misma al final del decurso del espíritu humano en la Historia, Hölderlin sugiere la paradójica idea de que sólo en las disonancias, en las fisuras y fallas de la existencia, despunta el Absoluto. Ítaca, el grial, el Absoluto ya no están al final del camino. Sólo existen en la medida en que existe su búsqueda. González Sainz lo expresa así en boca de Anastasio, el viejo Anastasio, cuando éste comenta a Bertha el sentido de los reiterados intentos de Miguel por volver al mundo del Valle:

“Cuando él volvía, y por paradójico que pueda parecer – como acostumbraba a decir– volvía o intentaba volver en realidad al mundo. Volver al mundo, decía, reconciliarse con ellos y también con la tierra y el tiempo y con los dioses de todo ello si los hubiera” (...) “Pero, ya ve, venía a buscar reconciliación, equilibrio, y sin embargo cada vez parecía estar más lejos de lograrlo, como si con lo único con lo que él pudiese reconciliarse fuese sólo con su incapacidad de hacerlo”.

Reconciliarnos con nuestra incapacidad de reconciliación plena, definitiva. No es extraño que, tras otros tantos ropajes novelísticos, la novela de González Sainz remede ciertos rasgos estructurales característicos de la novela pedagógica moderna de formación cultural, en la que un narrador omnisciente cuenta su propia historia, la de un sujeto que sale al exterior en busca de sí mismo, reúne experiencias y luego retorna al hogar plenamente sabedor del sentido de la existencia. Sólo que aquí no hay tal

regreso triunfante, el protagonista ha muerto y lo que de él nos transmiten unas voces plurales nunca llega a recolectarse en un único sentido. Ni siquiera la presunta reducción de la historia al sustrato mítico que comparece en las últimas páginas bloquea el verdadero imperativo moral de la novela de volver a narrar, de volver enhebrar de un modo inédito las palabras y las cosas. También, por todo ello, el tiempo de la narración ya no discurre según una linealidad homogénea, que simplemente se estira hacia delante. En una admirable vuelta de tuerca metanarrativa, González Sainz traslada así al plano formal, a la arquitectura del texto, su idea de esta compleja y aporética modalidad de retorno al mundo. Mediante un riguroso ejercicio compositivo, se desestructura el *Bildungsroman*, construyendo a partir de sus ruinas, de su crisis y disolución una nueva modalidad narrativa, para aprender de nuevo a decir el mundo y a pensar conjuntamente utopía y desencanto. Ahí reside el hechizo de esta espléndida novela.